

# CELAC, una nueva etapa para los Estados latinoamericanos

Eduardo Jara Roncati

Ex-diplomático chileno y consultor internacional

**C**uando en 1965 iniciaba mi carrera diplomática, desde México -que siempre había mirado hacia el norte- hasta Argentina y Chile, la América Latina vibraba de emoción por la ALALC. Los dirigentes políticos de la región pensaban que el comercio podría ser la mejor manera de llegar a unir a los países. Cuantos discursos, artículos de prensa, estudios académicos, libros, acerca de esta nueva vía para impulsar una unidad que estaba fundada en historia, herencia ibérica, idioma, cultura, intereses.

No era esta la primera sigla en la historia de la región, pues ya existían la OEA, CEPAL, BID y un gran etcétera. Ese entusiasmo duró hasta que los intereses comunes entraron en oposición con los nacionales y el mecanismo de desgravación comercial se agotó, pero no demoraron en surgir nuevas siglas, de contenido si no igual por lo menos muy parecido, y comenzaron a desfilarse el Grupo de Río, SECLA, ALADI, MCC, OEC, ODECA, PARLATINO, UNASUR, ALBA y otro gran etcétera. ¿Porqué no era

posible llegar a concretar una entidad unitaria? Eran fuerzas internas, externas o ambas a la vez que lo entorpecían? Mientras que Estados Unidos prefería trabajar con países individuales, la UE presionaba porque la región se convirtiera en un bloque a su imagen y semejanza que facilitara la relación interregional pero no lo logró. Fue entonces la hora de los grupos subregionales, MERCOSUR, CAN, G3, SICA, CARICOM, CARIFORO.

Suelen escucharse numerosos y emotivos discursos acerca del futuro común de los países de América Latina, al que ahora ha sido agregado el Caribe. Pero el tema es complejo, pues más que una realidad concreta América Latina es un concepto históricamente exógeno a la región, político primero y académico después, creado para evitar referirse a países en particular pero donde cada uno de sus integrantes es muy diferente de los demás por orígenes, intereses y los objetivos que persigue.

Al concluir mi carrera en 2000 el entusiasmo por alcanzar un en-

te regional único parecía algo atenuado, pero aunque con altibajos continuaban vigentes los esfuerzos subregionales. Mientras tanto flotaban alrededor de la región diversas potencias que competían por acercarse y concretar negocios. A Estados Unidos, los miembros de la UE, Canadá, Japón, se unían «nuevos socios» como China, India, Rusia, incluso Irán. Olvidando un pretendido destino común cada uno de los países latinoamericanos se decidía por aceptar o no los requebrós económicos, comerciales y financieros de los tradicionales o los nuevos interlocutores. Pero ahora este entusiasmo

parece haber vuelto, y con énfasis. Desde 2008 y dejando atrás ALBA y UNASUR los gobernantes latinoamericanos desde Chávez y Castro hasta Piñera y Calderón están trabajando alrededor de un nuevo proyecto, CELAC, para dar origen a una comunidad de Estados latinoamericanos y del Caribe, más política, que de hecho pasará a convertirse en competencia y alternativa de la OEA al dejar fuera a Canadá y sobre todo a Estados Unidos. Por motivos diversos, varios son los países de esa región que se unen a través de esto último.

¿Podrá ser esta la última y definitiva sigla en el camino de la unidad regional? Será más bien una nueva etapa, pues la región es muy grande, sus riquezas muchas y muy codiciadas, los centros de presión y atracción externos demasiado fuertes y las diferencias de enfoque frente al resto del mundo muy profundas para poder alcanzar la unión. No es fácil hacer coincidir intereses de tantos países. Construir un foro para el debate regional sería ya de por sí un gran éxito.

**No es fácil coincidir intereses de tantos países. Construir un foro para el debate regional sería ya un gran éxito**